

## CRITICA TEATRAL.—

## "La Tercera Palabra"

La obra de Alejandro Casona nos parece, aun con sus debilidades, superior a "Madrugada", la obra del debut de la Compañía Española.

Veamos en qué consisten esas debilidades. Atañen, más que a la estructura general de la pieza, a sus implicaciones simbólicas y a ciertos defectos que repetidamente afloran en la dramaturgia del autor y pasan de una a otra pieza. El teatro de Casona es un teatro poético, entendiéndolo por ello una interpretación acendrada de la vida. A menudo ese rasgo está matizado por el humor, por la ironía y por un ver las cosas a contrapelo para mejor hallarles su oculta significación.

Pero Casona está yugulado a veces por el demonio de las frases, lo que produce el efecto poco grato de enfrenar a personajes urdidos con el exclusivo propósito de lucir su ingenio o su capacidad filosófica. Ello implica de rebote otra flaqueza más: la de ver a los seres que pueblan el escenario (en "La tercera palabra" se acusa en exceso) como movidos por una voluntad ajena y hablando con una voz que no es la suya. En "La tercera palabra" no se llega ni mucho menos a la predicación, pero en la jornada postrera, sobre todo, pueden, por obvias, casi anticiparse las respuestas de los personajes.

Cuando Casona hace dialogar a sus entes de ficción sin propósito deliberado o sin intenciones trascendentales, logra prodigios de gracia y la obra se levanta a un plano genuino de vida. Las escenas de Matilde y Angelina y la de éstas con Marga en el primer acto, componen por ese misterio sencillo, inefable, del teatro, un trozo de realidad.

En "La tercera palabra" aparece una especie de Robinson metafísico. Pablo ha vivido, por circunstancias especiales y por un lancinante drama de hogar, en soledad frente a la naturaleza. Ayuno de toda instrucción, rústico y zafio, esta reencarnación moderna del Segismundo calderoniano, descubre, por oscuras intuiciones, el sentido de cosas sustantivas de la vida, entre ellas el de la divinidad y el de la muerte. Después, la tercera palabra, el amor, le será revelada por Marga.

El pensamiento es hermoso y no carece de posibilidades teatrales, pero en realidad esa carga de materia escénica se queda un poco entre algunas convenciones verbales, entre lo demasiado visible y manifiesto como tesis, entre algunas frases ingeniosas que suenan a preparación. Ejemplo extremo de ello lo tenemos en el tercer acto con la llegada de la familia de don Augusto, un antropólogo que someterá a Pablo a una especie de "test" para obtener respuestas convencionales de una filosofía desmonetizada.

Tal vez sea pronto para trazar un balance de los méritos de la compañía. Parece que lo evidente es un nivel aceptable como conjunto. Las obras se desenvuelven dentro de un correcto equilibrio y acorde del total. Esto es compatible con distintos grados en la calidad individual de los actores. Aquello se logró por la disciplina y fervor, y por el hábito de un trabajo prolongado de equipo, que no lograron, sin embargo corregir las diferencias y defectos en los diversos estilos personales de actuación.

Una de las deficiencias más ostensibles en el actor español está, sin duda, no tanto en la gesticulación como en el hecho de que esa gesticulación no conserva la simultaneidad con lo enunciado por la voz. El gesto, mecanizado ya, hecho "manera", superpuesto a la expresión de los estados afectivos, se anticipa a la palabra y va señalando de antemano lo que el actor siente, prediciendo en forma lamentable, en suma, su vivir interior.

Este defecto no lo tienen aquí ni Carlos Oller (el administrador Roldán), ni María del Pilar Armesto (Angelina). Esta me parece, por lo visto hasta ahora, el punto alto de la compañía y una de las mejores actrices que han pasado por Santiago. Decir que la señora Armesto hace gala de naturalidad y sensibilidad es quedarse a medio camino en el enunciado de sus virtudes histriónicas. Lo que ella finge parece ser lo real y verdadero gracias al juego sutil de matices en la expresión de las manos y del rostro. Verla actuar, seguir su juego tan sincero, depurado y moderno, regido por la inteligencia, compensa de otros lunares y es un regalo. En "La tercera palabra", su papel, que exige sólo un segundo término discreto, se impone sin sobreactuación ni hipertrofia alguna y al final, en el recuerdo, queda como la más noble y generosa figura de la comedia.